

Una vueltecita por los montes renterianos

Consideración preliminar

Salir de mañana en plan de paseo, tempranito, siempre es agradable; y el lance no tiene más pero, que el de que hay que romper el contacto con las sábanas antes de lo que nuestro cuerpo, pecador y enviciado, quisiera. Pero una vez en la calle, la sensa-



ción es de alegría, de una alegría especial que tienen las mañanas de día de campo. El fresco matinal no es, ni mucho menos, como el frío invernal; éste empuja a encogerse, a acurrucarse, a enroscarse al propio cuerpo; el fresco matinal—y muy particularmente el de una mañana de junio—es un fresco amigo—no un amigo fresco—que llena de optimismo el espíritu y que invita a darse una vueltecita con él, por esos montes de Dios.

Venga, pues, adelante; con una onza de chocolate para el camino, con la «makilla» en la mano, con un corazón joven y con unas piernas «con ganas» ¿qué puede asustar a un jovencuelo que no tiene aún dos docenas de años? Vamos andando, amigo.

La civilización y sus variados influjos

Al iniciarse la ascensión montañosa, uno puede ir pensando en los efectos decadentes de la civilización. Estas lomas primeras que coronamos, no tienen ningún carácter agreste. Ninguna grandeza. Sus laderas son suaves, de contornos femeninos, casi; y el verde de que están pintadas, se nos antoja un verde artificial, un verde que no es el propio del monte, porque está adulterado.

He a la vista, pues, los efectos de la civilización. De esa civilización que deforma las cosas y superficializa lo que es profundo. Y no tiene nada de extraño que, si adultera los sentimientos y pasiones humanas, extienda también su acción a estos montículos sin agresividad, sin personalidad montañosa, cuyas aristas han sido pulidas y redondeadas con el cincel taimado de la civilización próxima y decadente.

Encanto de un almuerzo de anacoreta

Vamos a almorzar en este paraje. Y lo cierto es, que aquí, junto a «Aldurako pago-azpiko iturriyan», nuestro almuerzo de monje del desierto—pan, chocolate y agua—adquiere cierto relieve y parece algo. ¡Cuán sabroso este rudimentario almuerzo, en esta sombra deliciosa, y qué rica esa agua clara, transparente, que surge de las entrañas de la tierra y marcha cantando su eterna sinfonía!

La inscripción de la «chavola», de Malmazar

Ya llegamos a Malmazar. Ahí abajo, un pinar. En la explanada, una «chavola» que sirvió a algún mortal para poner de relieve sus exaltados sentimientos carlistas, escribiendo en el tejadillo, en blancas letras estridentes, estas palabras: «Gora gure erregea Carlos».

La inscripción quizá sea subversiva, pero en esta soledad, se difumina por completo. Las cosas de los hombres parece que pierden importancia en este Malmazar abrupto y silente. Aunque, de todos modos, es reproable que nuestro buen carlista intentara trasplantar hasta aquí las luchas de la ciudad. Y yo he temblado ante esta profanación en el aislamiento pacífico de Malmazar.

Ante el gigante Urdaburu

«Urdaburu es el más alto de los montes de Rentería». Este es un detalle geográfico que aprendimos, no ha mucho, en la escuela.

Estamos frente a Urdaburu. Mas la verdad es, que



Urdaburu apenas impone. No es «una flecha que se clava en el cielo». Es, sencillamente, un «chico» más grande que los demás que le hacen compañía.

Aunque fuera por simple fórmula, nosotros hemos inclinado la cabeza ante el gigante renteriano, y, con reverente movimiento de cintura, le hemos rendido pleitesía, como a los grandes.

Arboles, más árboles, muchos árboles

Nutrida vegetación la de los montes renterianos. Hay que confesar que poseemos una enorme riqueza forestal. Robles, hayas, pinos, más hayas y más robles. El monte entero cubierto de una densa cabellera arbórea. Y alguno que otro, en aprovechamiento, pelado y discordante del conjunto.

Sólo este magnífico robledal de «Zutola», uno de los mejores de la provincia, representa una riqueza considerable. De diez a quince mil duros.

Diseminadas aquí y allá, plataformas en donde fabrican el carbón vegetal esos carboneros que hemos visto pasar, medio dormidos sobre las mulas, en competencia con la luz matinal.

¡Hermosa perspectiva! En esta actitud dominante, uno se llena de satisfacción, de orgullo de poderío, y hasta se eleva un poquito sobre las puntas de los pies. Incluso puede llegar a creerse, al ver bajo sus pies esta serie de barrancos ininterrumpidos, un gran señor de los bosques, el auténtico «bajojaun» de los tiempos modernos.

Las ruinas de la "ferrería," de Añarbe

Después de atravesada la clara corriente de este río, vemos surgir, silenciosas y dolidas en su olvido—triste olvido ruinoso—estas paredes medio derrumbadas, que fueron un día la floreciente «ferrería» de Añarbe.

Nos cuentan que hasta aquí se traía, por el puerto de Pasajes, desde Inglaterra, el mineral de hierro que se fundía en estas tinajas de mármol que aún se conservan.

¿Por qué no se verificaría tal operación en el país de origen? Esto mismo hemos preguntado nosotros. Y nos han replicado que, siendo así que no se utilizaba todavía la hulla, carecía la isla británica de elementos combustibles, que, en cambio, sobaban en los bosques salvajes de las inmediaciones de Añarbe. Esta «ferrería» de Añarbe—Añarbe'ko ola—hará ya unos sesenta años que cesó de trabajar, y eso que debió ser de las últimas en parar. Era también una de las más importantes de aquel tiempo. Y dicen que era su dueño un tal «Ushebio»—¿Eusebio Garbuno?—que venía todos los días veraniegos, caballero en su mula, a bañarse en las limpias aguas del río frontero.

Un minuto de silencio y otro minuto de meditación. Vale la pena de descubrirse ante estas ruinas, fuertes y erguidas todavía, que antaño fueron la «ferrería» de Añarbe, precursora de la potente industria renteriana de nuestros días.

Meditaciones nocturnas en un caserío solitario

Terminada la sabrosa y bien condimentada cena que nos sirve la cocinera de «Pikorranea», nada más agradable que asomarse a la ventana, hundida la barbilla entre las manos, y clavar los ojos—ojos que no ven—en la formidable oscuridad de la noche en la montaña.

Cabe pensar aquí, en este silencio que es como sedante del alma, en lo malvados que somos los hombres de la ciudad. Cabe pensar en que quizá sea verdad aquello del «homo hominis lupus». Cabe meditar

en qué cada día se enmaraña más y se envenena progresivamente la gran Babel del mundo. Cabe discutir que la cordialidad, la fraternidad humana, la comprensión mutua, son palabras vacías, sin contenido, escapadas de no sé qué diccionario lírico que se perdió para siempre. Y como cabe seguir pensando otra serie de cosas tristes, que dan dolor, lo mejor será cortar el pensamiento

Apaguemos esa vela de llama vacilante que sombrea la habitación y acostémonos en la mullida cama. ¡Por la señal, de la Santa Cruz!...

Nuestra pasividad inefable y el ejemplo del vecino

Para los montes renterianos tenía una gran transcendencia el proyecto de carretera a la finca de «Articutza», a realizar por el Ayuntamiento de San Sebastián. Ahí teníamos la piedra filosofal. Con un medio de fácil salida, nuestros aprovechamientos forestales centuplicarían su valor y constituiría una renta saneadísima. En una palabra: miel sobre hojuelas.

Los oyarzuarras son mucho más listos que nosotros, aunque no lo parezcan. Ellos han sabido trabajar «el asunto», y han logrado que se modifique el trazado de la carretera, de tal modo, que, sin atravesar término de Rentería, coja de paso una extensa red montañosa propiedad de Oyarzun.

Nuestro concejo tiene la palabra y le corresponde ponerse en acción. Que se hagan las gestiones procedentes, si es que aún nos queda una brizna de sentido práctico. Porque esa carretera, que iría abrazada a nuestros montes, hace mucha falta y aumentaría enormemente nuestra riqueza forestal. ¿Vale o no vale la pena de moverse?

Epilogo de la jornada

Variadísimas y múltiples las sensaciones que se traen del monte. El paseo, en todos sus aspectos, insuperable. Y doblemente grato cuando se disfruta de compañeros tan excelentes como el guarda de montes municipal, don José Elorza, siempre solícito y verdadera enciclopedia de la toponimia y topografía renteriana, y Julián Egurrola, compendio y suma de inagotable buen humor. Así da gusto. Además de que por los parajes solitarios—digámoslo parodiando al poeta—es más agradable siempre la soledad de tres en compañía.

¡Qué sensación de ahogo, de aprisionamiento, al bajar del monte a la calle!

JOSE IMAZ

AGENTE COLEGIADO

Comisiones y Representaciones

Agente de Seguros de vida, incendios, accidentes y cristales de la Compañía Adriática

Calle de Viteri, 14 bis

R E N T E R I A

